

14. **Del «Middle East» al «islam»** *Poniendo puertas al desierto*

JOSEP LLUÍS MATEO DIESTE

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

Fue la invención de la escritura en Eurasia antes que en otra parte la que confirió a sus principales sociedades ventajas considerables en el cómputo del tiempo, en la creación y desarrollo de mapas –respecto al África oral, por ejemplo–, y no una verdad inherente sobre la organización espacio-temporal del mundo (Goody, 2011: 20).

En este capítulo mostraré las complejas y cambiantes formas de clasificar una gran área geográfica, de geometría variable, evidenciando la pugna por definir territorios y grupos humanos. Esta área ha sido designada con múltiples etiquetas, como «Oriente Medio», «Oriente Próximo», «Middle East and North Africa (MENA)», «Islam» o «mundo árabe». Pero en esta reflexión veremos que además del cambio de etiquetas también han variado los límites y las propias fronteras de esa región, y, sobre todo, las dimensiones manejadas para definir las, según si se utilizan categorías como cultura, religión, etnicidad o ecología. A lo largo del siglo xx estas categorías no se han sedimentado únicamente en la academia y en los productores de conocimiento sino también en instituciones de poder, dotando a esas palabras de un efecto performativo al generar estereotipos, movimientos de población, pertenencias o exclusiones.

Por ello, analizaré los paradigmas hegemónicos construidos sobre la región a lo largo del siglo xx desde euro-américa, revelando los principales vínculos de ese conocimiento con instancias académicas y contextos de poder ciertamente influyentes. La región estudiada es además una entidad flexible que ha funcionado como una bisagra entre otras

llamadas áreas culturales y entre varios continentes –Asia, Europa y África, evidenciando la permeabilidad de dichas fronteras. Si en estas configuraciones han cambiado los continentes (los territorios y fronteras de la región) y los contenidos (las poblaciones y sus instituciones) es porque ha existido una agencia política que ha definido estos sistemas de clasificación, tal y como presentaré en este capítulo, y tal y como revelan los estudios que siguen sobre las categorías de Palestina (Gaibar, *infra*), los contenidos culturales del Estado de Israel (Cohen, *supra*) o los avatares de otras grandes áreas culturales como la analizada por Van den Bogaert (*infra*).

Primeras clasificaciones: de Oriente Próximo a Oriente Medio

Desde que Edward Said formulara la crítica al orientalismo en 1978, numerosos autores han revisado los estudios sobre el llamado «Middle East» en los Estados Unidos y otros países, plagados de errores y convenciones, romanticismos o mistificaciones (Bill, 1996; Bonine, Amanat, Gasper, 2012). La cuestión es, como planteó Mitchell (2002), qué estructuras y posibilidades de conocimiento conformaron el estudio del área y qué estrategias intelectuales llevaron a concebir el «Middle East» como un todo a lo largo del siglo xx.

Si las nomenclaturas cambiaron es también porque la región experimentó transformaciones históricas en sus fronteras políticas, básicamente con el desmantelamiento del Imperio otomano y la emergencia de Estados-nación, surgidos en un proceso paradójico: las elites de los países colonizados tomarán el modelo de Estado-nación de los colonizadores pero se rebelarán para reclamar el suyo propio. La Primera Guerra Mundial fue un momento central en estas transformaciones, con la fragmentación del Imperio otomano. Su área de influencia cubría precisamente aquello que a lo largo del siglo xx los países occidentales convendrán en denominar «Oriente Medio», y que también se extenderá como categoría indiscutida a otros contextos culturales, siendo traducida literalmente a diferentes idiomas¹. Además, el Imperio otomano

1 *Orta dogu* en turco; *khavar-e mian-e* en persa; *zhong dong* en chino. Djalili y Kellner (2000: 118-119) observan que el concepto de «medio» pierde completamente el sentido desde el punto de vista geográfico de otros territorios como el chino.

comprendió hasta el siglo XIX el área que más tarde se llamará MENA («Middle East and North Africa»). Su influencia fue retrocediendo en esta zona occidental, desde la ocupación de Argelia por Francia en 1830; de Túnez por Francia en 1881; de Egipto por Inglaterra en 1882; o de Libia por Italia en 1912. Este desmantelamiento del Imperio otomano comportó la emergencia de nuevos Estados-nación, conformados por los proyectos coloniales de Francia e Inglaterra. El ejemplo más notorio es el acuerdo secreto de Sykes-Picot en 1916, que diseñó nuevas fronteras de Estados-nación, como Siria e Irak, repartidos entre Francia e Inglaterra respectivamente, y sentando las bases del futuro conflicto en torno a Palestina-Israel. Es llamativo que aquel tratado secreto se llamase «Acuerdo de Asia Menor» y que no utilizase todavía la nomenclatura «Middle East». En este trabajo voy a mostrar el porqué de estas diferentes conceptualizaciones.

Antes del término «Middle East», los británicos manejaron el de «Near East». El arqueólogo, militar y diplomático David George Hogarth (1862-1927) escribió un libro en 1902 donde empleaba la categoría de «Oriente Próximo» para acotar una zona que incluía a los Balcanes y al Imperio otomano hasta Persia². Es decir, no incluía al extremo noroccidental de África, como en las definiciones posteriores de Oriente Medio. Hogarth fue un actor importante en la configuración política de la región. En 1915 fue enviado al *Arab Bureau* de El Cairo, junto al famoso L. W. Lawrence o a la arqueóloga Gertrude Bell, para alentar la revuelta árabe contra el Imperio otomano. Detrás de estos movimientos existía un claro ejercicio político interesado en remarcar la existencia de un mundo árabe para desmantelar definitivamente la influencia otomana.

El término «Middle East» se venía usando ya en el XIX, pero fue un estratega quien llamó la atención sobre esta noción para remarcar su papel geoestratégico para el Imperio británico en el control de sus territorios coloniales de Asia, como la India. El geógrafo estadounidense Alfred Thayer Mahan, al servicio de los británicos, empleó la categoría de «Middle East» para describir esta estrategia (Mahan, 1902). Es decir, que Hogarth y Mahan propusieron dos términos distintos en un periodo muy similar para definir la región, pero con la voluntad de establecer una homogeneidad. La influencia de Inglaterra en todo este proceso de configuración de la idea de «Oriente Medio» es más que evidente

2 *The Nearer East*, William Heinemann, Londres, 1902.

(Adelson, 1995, 2012), como reflejan los trabajos del Royal Institute of International Affairs (Gibb, Bowen, 1950-1957). Así pues, esta configuración del «Middle East» no se puede entender tampoco sin considerar los intereses británicos para el control del continente asiático, tal y como analiza también Van den Boagert en otro capítulo de este libro.

Por otra parte, en los Estados Unidos el motor de estas imágenes sobre la región habría emergido en el periodo de entreguerras. Partía de inquietudes intelectuales sobre la búsqueda de las raíces bíblicas de occidente en las civilizaciones antiguas de Oriente Medio. Ello se vinculó a disciplinas arqueológicas y filológicas, fomentadas también por museos. No es casualidad que uno de los primeros centros de estudio sobre estas cuestiones fuese Princeton, reputado en el campo de los estudios bíblicos. En esta línea, aunque en otro contexto distinto, encontramos el fascinante caso de la antropóloga finlandesa Hilma Granqvist. Se desplazó al Mandato Británico de Palestina en 1920 para estudiar los ancestros judíos de las escrituras sagradas, pero cambió de planes al encontrarse con gentes de carne y hueso en un poblado árabe, Artas, sobre el que realizaría una impresionante etnografía (Granqvist, 1931; 1935).

Es importante remarcar el perfil de estos impulsores y sus vínculos con la región. Ocupó un lugar central la American University of Beirut, fundada por misioneros protestantes. Así, en 1927 en Princeton se estableció un Department of Oriental Languages and Literatures, con la presencia del historiador libanés Philipp Hitti. Y después de la Segunda Guerra Mundial, este impulso se institucionalizó a nivel más general en un programa interdepartamental de «Near Eastern Studies». Otro autor de gran influencia en Estados Unidos fue el citado Hamilton Gibb, quien desde Inglaterra conformó en parte la idea de que el mundo musulmán constituía un tejido con una historia común (Mitchell, 2002). Este modelo analítico influyó en la manera de organizar el conocimiento sobre Oriente Medio a partir de unos ejes verticales de tipo temporal (historia precolonial, colonial y contemporánea) y unos ejes horizontales por ámbitos temáticos (nómadas, pueblos, comercio, ejército, religión, bazar). Esta perspectiva más bien escrituralista contrasta con la emergencia en la región de los primeros trabajos de campo de antropólogos y antropólogas previos a la Segunda Guerra Mundial, quienes ofrecían otro tipo de enfoques más centrados en la cultura oral y las sociedades locales. Es el caso de Edward Westermarck en Marruecos (Westermarck, 1926), de Germaine Tillion (2000) en el Aurès argelino o de la citada Granqvist en Palestina.

Pero fue sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial cuando se constituyeron las principales instituciones gubernamentales que apoyarían el enfoque de las áreas culturales como método de conocimiento y poder. Para la Office of Strategic Services (OSS), predecesora de la CIA, trabajaron el antropólogo Carleton Coon (Coon, 1980; Farish, 2005: 666) y otros especialistas en Oriente Medio como Morroe Berger, Jacob Coleman Hurewitz o Manfred Halpern. Como ejemplo de estas conexiones, Berger buscó una contraparte de la revista *Encounter* y se fundó *al-Hiwar*: el condicionante para esa fundación era que se escribiera sobre los musulmanes en la Unión Soviética. El interés por la Unión Soviética como enemigo número uno del modelo norteamericano era otro de los objetivos centrales de los estudios de área. A este campo se dedicaron también Clyde Kluckhohn o Ruth Benedict³, después de sus trabajos sobre Japón. A diferencia de Benedict, discípula del culturalismo de Boas, Coon era un autor abiertamente antioasiático y difusor de las teorías racialistas hegemónicas en la época. La paradoja es que Coon fue uno de quienes contribuyeron a asentar la idea del «Middle East» a través de su libro *Caravan*, publicado en 1951, utilizando la metáfora del mosaico para describir la región.

Desde el punto de vista institucional, existía un claro vínculo entre la financiación de estructuras científicas y la construcción de conocimiento sobre la zona. En 1946 Christian Herter cofundó el Middle East Institute, que dio pie a la revista *The Middle East Journal* en 1947. Coincidiendo con esta emergencia del concepto, este pasó también a las Naciones Unidas y se fue consolidando su uso a nivel internacional (Roughi, 2012: 102). En 1966 se creó la Middle Eastern Studies Association (MESA), con 51 miembros, y se reunió por primera vez en 1967 en Chicago, financiada por la Ford Foundation. El primer presidente fue el sociólogo de Princeton Morroe Berger, ya mencionado como agente de la OSS. Y es preciso destacar que el grupo fundador estaba compuesto solo por hombres. La gestación de esta institución coincide con una de las crisis más graves en el área estudiada: la Guerra de los seis días entre Israel y sus oponentes árabes en junio de 1967. Pero en la reunión de la MESA no se discutió sobre esa guerra, ni tan siquiera se la mencionó. Es más, se rechazó un *paper* que hablaba de la historia de ese conflicto.

3 En 1944 la Oficina de Información de Guerra solicita a Ruth Benedict «que utilizara todas las técnicas posibles de la antropología cultural para explicar cómo eran los japoneses» (Benedict, 1974: 11-12).

En la reunión de 1973, poco después de la guerra en octubre de aquel año, que enfrentó a Israel con Egipto y Siria, tampoco hubo lugar para discutir esta cuestión. El director de la MESA por aquel entonces, Leonard Binder (1927-2015), era un veterano de la Guerra de 1948-1949.

Desde el momento fundacional, por tanto, la principal institución académica sobre la región etiquetada ya como «Middle East» marcó el terreno sobre qué temas de estudio podían emerger o no en la discusión pública. Además, el área había vivido arduos debates sobre la financiación. En 1964 se hizo público que la revista *Middle Eastern Affairs*, fundada en 1950, estaba siendo sufragada por fuentes proisraelís. Poco después de 1964 otra revista como *Middle Eastern Studies* cerró por cuestiones similares. La financiación de muchos de estos proyectos por parte de la CIA se ha mantenido en la sombra durante mucho tiempo. Así, el profesor Nadav Safran (1925-2003) de Harvard recibió miles de dólares de la CIA para organizar encuentros científicos o publicaciones como *Saudi Arabia: The Ceaseless Quest for Security* (1985).

Formulaciones del *Middle East* como área cultural: de *Caravan* de Coon a *The Arab Mind* de Patai

En la introducción de su libro *Caravan. A Story of the Middle East*, Coon reconocía que el término «Middle East» ganó prédica durante la Segunda Guerra Mundial, y que anteriormente era más común el término «Near East». La etiqueta de «Middle East» habría aparecido durante las operaciones militares británicas:

Parece que se activó durante la Segunda Guerra Mundial para designar el mando del ejército británico de El Cairo. Antes de eso la gente se refería a Oriente Próximo, es decir, a las zonas de habla árabe del antiguo Imperio Turco, desde Egipto hasta Irak y desde Siria hasta la península arábiga. Algunos todavía lo hacen (Coon, 1966: 1).

Pese a la gran variedad de poblaciones y registros de la región, Coon remarcaba y explicitaba que el «Middle East» era un área cultural y merecía ser designada con este término. Primero justificaba el uso del término «Middle», criticado por algunos que no lo consideraban aplicable en términos geográficos. Para Coon, la región merecía ese adjetivo porque «se encuentra estratégicamente entre el subcontinente más rico

y poblado de la masa terrestre euroasiática, China, India y Europa, y está en contacto por barco y caravana con África al sur del Sahara» (Coon, 1966: 2). Pero Coon justificaba sobre todo la consideración del «Middle East» como área cultural:

todo el término 'Oriente Medio' en un sentido cultural. Como espero demostrar, es un área cultural en sí misma, con un centro y periferias. La civilización que la caracteriza, en diversas formas regionales, no es solo una unidad, y no solo intermedia entre las de Oriente y Occidente, sino que en muchos aspectos esenciales es ancestral a ambas (Coon, 1966: 2).

Es decir, que situaba en el «Middle East» el origen de tecnologías, productos o formas religiosas que conformaron el mundo occidental. Para justificar la unificación de una gran variedad de pueblos bajo una misma región, Coon utilizaría la metáfora del mosaico, entendiendo que ese mosaico se iba replicando en los diferentes países que componen el área cultural:

El hecho más llamativo de la civilización de Oriente Medio es que en cada país la población está formada por un mosaico de pueblos. Por ejemplo, en la ciudad de Bagdad se encuentran árabes musulmanes, árabes cristianos, asirios, kurdos, judíos, turcos, persas, armenios y otros tipos de pueblos (Coon, 1966: 2-3).

Este sistema de mosaico no sería específico del «Middle East» y se encontraría también en otros lugares y épocas, como el México de la conquista española. Pero Coon fue célebre en la historia de la antropología no por este libro sino por sus trabajos sobre las razas, también en el Rif (Coon, 1931), y la cuestión no tarda en aparecer en su análisis. Al comparar la región con la India o Paquistán especificaba que la conciencia racial no estaba tan remarcada en el «Middle East» porque la mayoría de sus pueblos pertenecían a una sola raza (Coon, 1966: 5).

En 1952, Ralph Patai, especialista en la zona, defendía en un artículo que el «Middle East» es un área cultural. Tampoco es casualidad que fuese Patai quien realizase la reseña del libro *Caravan* de Carleton Coon, alabando su aportación (Patai, 1952b: 396-397). El autor delimitaba el área geográficamente, desde el Magreb hasta el Mar Muerto, el Cáucaso, Turkmenistán y las llanuras de la India. Y comentaba que era habitual

en su época que el «Middle East» comprendiese solo la zona asiática, más Egipto, sin incluir el resto de África del Norte, como sí aparecerá años más tarde en la nomenclatura. Patai defendía que se trataba de un área cultural, a pesar de su variedad interna y su enorme extensión, siete veces mayor que lo que se consideraba para otras áreas culturales de América por parte de autores como Wissler, o Herskovits para África. Y por todo ello esta área no era comparable a aquellas otras de América o África, sino que más bien era equivalente a «Europa», ya que a pesar de su homogeneidad comprendía distintas subculturas (Patai, 1952: 2). Esta observación de Patai resulta central y merece ser remarcada. A nivel geográfico Patai distinguía cuatro subregiones: «North Africa», «Arabian Peninsula», «Iranian plateau» y «Asia Minor». La zona viene descrita en el mapa «The Middle East as a culture area» (Patai, 1952: 3).

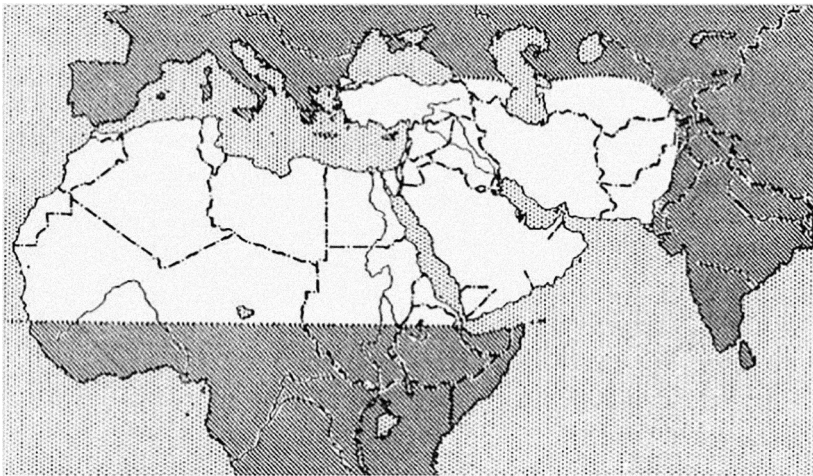


Figura 1. «The Middle East as a culture area» (Raphael Patai, 1952: 3).

Patai mencionaba un clima mediterráneo común, con un espacio ecológico dominado por zonas desérticas o semidesérticas. Y explicaba que el clima árido había hecho que solo un 5 % de las tierras fuesen explotadas agrícolamente, obligando a mantener una actividad más bien pastoril, aunque luego añadía que el 65 % de la población se dedicaba a la agricultura.

En su trabajo, Patai identificaba quince características centrales de lo que denominó «la cultura tradicional de Oriente Medio» (Patai, 1952: 20-21):

1. Elementos nómadas y seminómadas, y poblaciones sedentarias agrícolas.
2. Mucha pobreza, baja esperanza de vida y alta natalidad.
3. Un sistema patrilineal de parentesco, patrilocal, patriarcal, endógamo, con familia extensa. Un doble rasero con la moral sexual, uso esporádico del velo entre las mujeres y subordinación del individuo al grupo.
4. Unidades sociales extensas basadas en líneas de parentesco. Con una organización tribal entre nómadas y seminómadas. Grupos de parentesco en pueblos. Y estructuras de tres clases sociales en las ciudades.
5. Zonas nómadas y rurales con baja especialización, en contraste con una alta especialización en las ciudades.
6. Liderazgo social en manos de clases medias y altas urbanas.
7. Organización política y control social basado en lazos familiares. Con jefes y consejos en pueblos y campamentos. Control rural por parte de elites urbanas en líneas feudales.
8. Una vida cotidiana impregnada por elementos estéticos religiosos.
9. Gran preocupación por el folklore, la literatura y poesía populares, proverbios y adivinanzas.
10. Papel importante a nivel social y religioso de la música y los instrumentos de viento, cuerda y percusión, con una gran fuerza emocional.
11. En el terreno plástico, un foco en aspectos ornamentales decorativos y geométricos y una fina arquitectura.
12. Artesanía de un alto nivel de desarrollo.
13. En el nivel educativo, ausencia de instituciones formales en campamentos nómadas; escuelas coránicas en las ciudades, y alta educación para una minoría privilegiada.
14. Una religiosidad omnipresente que conforma la moral, en una combinación de monoteísmo con el temor a los espíritus y el mal de ojo, pero sin culto a los ancestros.
15. Una visión común de la vida y la muerte, en base a ideas sobre la recompensa y el castigo después de la muerte, con un menosprecio de lo material.

La obra de Patai experimentó otras vicisitudes no esperadas unos años más tarde. En 1973 Patai publicó el libro *The Arab Mind*, en el que generalizaba una serie de estereotipos para toda un área cultural definida

por la «arabidad». El libro saltó a la palestra cuando tras las torturas de Abu Ghraib en el Irak ocupado por Estados Unidos, un oficial norteamericano llamado Tony Lagouranis, que participó en las torturas entre 2001 y 2005, explicó que uno de los manuales recomendados para diseñar el tipo de torturas era precisamente el libro de Patai (González, 2007). La publicación de esta información provocó la inmediata reacción de las hijas de Patai, quienes liberaron a su padre de cualquier responsabilidad (Schneider, Patai, 2007). Y así era, en parte, pero no así las simplificaciones de un libro que trataba una área cultural como un todo.

Críticas académicas y políticas al área «Middle East»

En 1957 el egipcio Samir Amin presentó su tesis de economía en París, explicando las diferencias y desigualdades de los países árabes no tanto desde la teoría neoevolucionista de la modernización de Rostow como desde aquello que más tarde se denominaría la teoría de la dependencia. De hecho, Amin tomó del argentino Raul Prébish las teorías sobre centro y periferia.

Si en los materiales expuestos hasta este momento hemos observado las conexiones entre el pensamiento sobre esta área cultural y el contexto político colonial, la visión crítica que sigue demuestra que esta nueva perspectiva también era fruto de un conocimiento situado, propio de una consciencia crítica antiimperialista. Amin pertenecía a un grupo de estudiantes que confluyeron en París, conocidos como «Étudiants anticolonialistes» (1949-1953). En este contexto y para contestar la visión hegemónica de la MESA, que aparentaba neutralidad al tiempo que apoyaba tácitamente el *statu quo* proisraelí, un grupo de estudiantes árabes fundó la Association of Arab-American University Graduates en 1967-1968, con encuentros auspiciados por Ibrahim Abu-Lughod (1929-2001). Al cabo de unos años, junto a Edward Said crearon el Institute of Arab Studies y la revista *Arab Studies Quarterly*. Es remarkable que la unidad de análisis para este grupo no era «Oriente Medio» sino el «mundo árabe». Esta categoría se vinculaba a un proyecto político panarabista que incluía a los diferentes grupos religiosos de la región y que tuvo su principal auge durante la lucha anticolonial. La postura política de Abu-Lughod era bien clara. Nacido en Jaffa bajo el Mandato Británico, estuvo en el lado propalestino y sus nuevas definiciones del territorio estaban en consonancia con esta implicación personal, tal y

como había sucedido con otros autores en un sentido completamente opuesto, como el mencionado Nadav Safran. La hija de Ibrahim Abu-Lughod, Lila Abu-Lughod devino una reputada antropóloga que años más tarde también reflexionará sobre los vínculos entre los campos de estudio y el poder, o los factores de género que marcan la agenda de investigación en la región⁴. Desde entonces, las propias categorías de análisis han sido muy discutidas, también en los términos que designan las zonas en conflicto y el poder de nombrar, como revela el capítulo de Gaibar en este libro.

Este cambio de categorías era un desafío abierto a la consideración del «Middle East» como un concepto colonial, que componía la idea de un área homogénea para diluir la parte árabe:

Su objetivo era cuestionar la premisa de los estudios sobre Oriente Medio de que «Oriente Medio» era una única región cultural. Argumentaban que se trataba de una concepción colonial, ya que al incluir a Turquía e Irán con los países árabes, se minimizaba la cultura común mucho más fuerte del mundo arabófono. También creían que la ampliación de la región para incluir a los dos países no árabes había convertido la anómala posición de Israel, como Estado establecido por los europeos en medio del mundo árabe, en algo menos evidente (Mitchell, 2002: 62).

En Inglaterra, otro grupo crítico publicaba la *Review of Middle East Studies* en 1975-1976, al frente del cual se hallaba Talal Asad, que ya editó en 1973 el renovador libro *Anthropology and the colonial encounter*. En sus trabajos dejaban en evidencia a los académicos establecidos y su acrítica y falsamente neutral visión del área, como Bernard Lewis, Kerdourie, Gibb o Bowen.

En 1973, antes de la publicación del influyente estudio de Said sobre el orientalismo, Nikki Keddie ya criticó abiertamente la idea de «Middle East» en un título explícito: «Is there a Middle East?» Para Keddie, con el desarrollo de los Estados-nación a lo largo del siglo xx, «se hace cada vez más dudoso hablar de un Oriente Medio» (Keddie, 1973: 255). Para desarrollar sus argumentos, Keddie se centraba en el caso de Irán entre 1500 y 1917 para preguntarse si en aquel escenario tendrían sentido las

4 Abu-Lughod (1989). En esta línea, véase los trabajos de Asad (1986) o Lindholm (1995).

fronteras del «Middle East». Así, las tensiones enormes entre otomanos e iraníes safavitas harían impensable la propuesta de identificarlos bajo una misma entidad, ya que se consideraban herejías entre sí y diferían hasta en sus sistemas económicos.

Keddie también era consciente de la dificultad de no emplear una categoría tan arraigada en la academia y en múltiples instituciones, pero su propuesta pasaría por evitar las reificaciones, como recientemente han remarcado Hale, Hafez, Slyomovics (2013). Sin embargo, los intentos en este sentido también han sido frustrantes. Sustituir la idea de «Middle East» por la de «mundo islámico» tampoco es satisfactoria. Pero no solo porque existe una gran variedad de expresiones religiosas (dentro y fuera del islam), sino porque el islam no tiene por qué ser el elemento rigidor. Ello ha llevado a muchos autores a escribir generalizaciones sobre «la ciudad musulmana» de un modo descontextualizado. Y así ha sucedido con otros fenómenos como el pastoralismo.

Esta reislamización del área llegará de modo insospechado por dos vías, interna y externa: de modo interno, por la expansión del wahabismo y el salafismo desde países del Golfo Pérsico, en connivencia con una política exterior de Estados Unidos destinada a frenar el comunismo o la revolución iraní; y la construcción académica y mediática de un modelo de interpretación sociológico que sitúa al islam como primer factor explicativo de la acción social y política de los actores de la región.

Otra línea de críticas ya había tenido lugar en el seno de la antropología cuando Clifford Geertz presentó un *paper* en el congreso de la MESA en 1974. En aquel congreso el presidente de la asociación, Leonard Binder, criticó a Geertz (sin mencionarle) que se pusiese en duda la labor de los orientalistas y que la antropología se desmarcara de aquellos. Respondía Binder que lo importante en el estudio de área era el objeto en sí, y no los métodos. Y que se estudiaban las cosas que «existen». Esta perspectiva negaba la posibilidad de que el objeto fuese construido. En 1968 Geertz ya había criticado en su innovador *Observing Islam* que existiese una esencia común en todo el mundo islámico, al realizar su comparación entre Marruecos e Indonesia. Y es que Geertz sentaría las bases de unos estudios culturales que revisarían el enfoque de las áreas. En este sentido, la propuesta de Geertz compartía algunas de las críticas de Keddie, aunque su trabajo de campo en Séfrou (Marruecos) también se debe contextualizar en un momento histórico en el que Estados Unidos buscaba conocer la región para contener el

socialismo, aun al precio de apoyar dictaduras⁵. De hecho, la abundancia de antropólogos en la región no se puede desligar de mecanismos sutiles de vigilancia política, como los articulados por Estados Unidos a través de los Peace Corps en diferentes puntos del mundo (Copans, 1975: 204-206).

El trabajo de Said sobre el orientalismo apareció poco después, en 1978, para refutar la idea de que Oriente fuese un hecho empírico o, como hubiera dicho Binder, de que fuese «una cosa que existía». La crítica se extendió más tarde a otros contextos, bajo la inspiración de Said, que llevó a Valentin-Yves Mudimbe, filósofo congoleño refugiado en Estados Unidos, a escribir su *The invention of Africa* (1988) para remarcar la idea del área como constructo político.

De la islamización del «Middle East» y el choque de civilizaciones

La Revolución de Irán de 1979 frenó ciertos procesos de secularización y el acercamiento de muchos países de la región al socialismo, tras el ascenso de una ideología centrada en el islam, que parecerá justificar la resurrección del viejo «Middle East» bajo una nueva máscara, el «mundo islámico», que había sido puesta en crisis por el nacionalismo árabe de carácter interreligioso. A pesar de las críticas vertidas sobre la simplificación y la homogeneización cultural de la región, el ascenso del islamismo político y las tensiones políticas vividas en los años noventa e inicios del siglo XXI consolidaron un paradigma clasificatorio que situaba a la «cultura» de nuevo en el escenario. El lema discursivo más influyente al respecto procede del politólogo Samuel Huntington, antiguo valedor de la interpretación de los conflictos mundiales como choque de bloques ideológicos entre «democracias liberales y comunismo»⁶, y que substituyó

5 «Y quienquiera que fuera me dijo: “Deberías ir a Marruecos. Está políticamente tranquilo. Es dictatorial, pero tranquilo. No hay mucho riesgo de enfermedades, es un país seco. Es un país musulmán, está al otro extremo del mundo musulmán, y podrías compararlo con Indonesia”. ¡Y en ese momento me di cuenta de que eso era exactamente lo que quería hacer!» (Handler, 1991).

6 En 1961 Huntington escribía sobre la contrainsurgencia desde el Institute for War and Peace Studies de la Universidad de Columbia, y abogaba por acciones militares para derrocar o apoyar a regímenes amigos con el fin de evitar que un Estado cayese «en manos de los comunistas» (Special Studies Group, Institute for Defense Analysis, 1961).

el binomio de la guerra fría por otro en torno al concepto de «civilización» en su profecía autocumplida *The Clash of Civilizations* (1996). La gran trampa de esta propuesta sería, sin duda, la representación del mundo en bloques culturales, de acuerdo con las nuevas retóricas de un fundamentalismo cultural (Stolcke, 1992). En este modelo Huntington desarrollaba una trampa metodológica y ahistórica, al contraponer dos categorías como «occidente» e «islam», ya que la primera no se basa en un criterio religioso, a diferencia de la segunda.

Frente a estos desafíos, Mitchell, citando a Chakrabarty, reclamaba con razón «provincializar Europa» (y podríamos añadir a Estados Unidos). Es decir, explicitando aquello que Louis Dumont ya remarcó años atrás: occidente parece negarse a sí mismo al hablar de universalismo, cuando en realidad está detrás de esa idea particular (Dumont, 1987: 207).

Entre las obras antropológicas del periodo posterior a la Revolución de Irán, destaca la de Dale F. Eickelman, en un manual que ha formado a decenas de especialistas, y que merece nuestra atención por los cambios de etiquetas en el tiempo. La primera edición fue publicada en 1981 como *The Middle East. An Anthropological Approach*; le siguió otra edición en 1989 con el mismo nombre. Pero el manual experimentó un cambio en su edición de 1998, bajo el título de *The Middle East and Central Asia. An Anthropological Approach*. El impacto del final de la Unión Soviética es claro, con la incorporación del Asia central que había permanecido bajo su control. Como muestra de este juego de interpretaciones de términos y fronteras, el libro fue traducido al castellano en 2003 con el particular y sorprendente título de *Antropología del mundo islámico*. Y hasta en la propia traducción del libro, el término «Middle East» aparece como «Oriente Próximo».

Avatares de un *Middle East* extensible: la dialéctica con el Norte de África

Durante años el «Oriente Medio», u «Oriente Próximo», permaneció separado del Norte de África en muchos de los mapas, excepto el extremo oriental norteafricano, con Egipto. Pero la nueva categoría de «Middle East» posterior a la Segunda Guerra Mundial incorporó también al Norte de África, en una conjunción de factores lingüísticos (el árabe), religiosos (el islam, pero también el judaísmo) y ecológicos (con sistemas sedentarios, transhumantes o fronterizos con el Sahel). La

propia categoría de «Oriente Medio» geográfico se referirá asimismo al extremo occidental norteafricano por medio de un proceso progresivo de homogeneización, como el propuesto por Coon, Patai o Eickelman, pero también por las instancias políticas. Este «Oriente Medio» es extensible como un acordeón hacia occidente o hacia oriente, incluyendo de modo cambiante y problemático el Cáucaso o Asia Central, otras categorías construidas (Djalili y Kellner, 2010).

A partir de los años ochenta el «Norte de África» se añadió a todas estas etiquetas, para configurar la nueva terminología de «Middle East and North Africa», conocida por el acrónimo MENA. La lista de términos y formas de recortar y organizar el mapa y el área cultural en sí no ha cesado. Si la categoría MENA es considerada problemática, hay también propuestas que recuperan conceptos que ya encontramos en los años cuarenta, como «West Asia» (Cressey, 1944), para referirse a «Oriente Medio», y recientemente también se ha manejado el acrónimo WANA, «West Asia and North Africa». No faltan los intereses políticos y económicos contextuales en estas formas de recortar el mundo. Así, en 2013 el Banco Mundial introdujo otra variante denominada MENAP, para añadir a Afganistán y Pakistán a los países de la zona MENA, aunque se excluía de esta nueva zona a otros países de Asia Central, en concreto los que estaban bajo la órbita soviética.

Para terminar este viaje a las construcciones de fronteras, me detendré en cómo se gestaron algunas categorías modernas para designar a este norte de África occidental, como parte de lo que se llamará «Middle East» a mitad de siglo xx. Desde el Renacimiento hasta el siglo xix en Europa se empleaba la denominación de Berbería o designaciones políticas vinculadas a la influencia otomana sobre Argelia y Túnez (Beyato de Argelia y Túnez). Como expone Bunes Ibarra, Juan León fue quien fijó unos límites más claros a la Berbería como línea de la costa norte de África, en contraste con autores previos como Münster (*Cosmographie Universalis*, 1550) que lo limitaban con la cordillera del Atlas y referían el resto de la zona como Etiopía. Y dentro del norte de África, la zona al este de Berbería era etiquetada como Numidia, Egipto o se mencionaba a Persia más hacia Oriente (Bunes Ibarra, 1989: 16-30).

Más tarde, el colonialismo francés en Argelia y Túnez no casualmente propició el éxito de una categoría como Magreb, término árabe para denominar al occidente musulmán y en particular a Marruecos. Ruighi observa con acierto e ironía que en el Magreb no hay «Middle Easterners». Sería esta una categoría externa, porque los propios

habitantes del Magreb no se consideran como tales, separados de una región que en árabe definen como *sharq al-awsat* («orientes central») o su equivalente en francés, «Moyen Orient». A mediados del siglo xx, los administradores franceses usaron tanto «Moyen orient» como «Prôche orient». Pero está claro que cuando Mahan y otros manejaron antes la noción de «Middle East» no incluían al Magreb (Rouighi, 2012: 102). Sin embargo, la difusión internacional del término hizo que influyentes marroquinistas como Robert Montagne empleasen «Middle East» para promover un acercamiento instrumental entre las potencias coloniales de Francia y Gran Bretaña y contrarrestar así al nacionalismo árabe. Desde un frío cinismo celebraba Montagne la creación del Estado de Israel en 1948, ya que el conflicto árabe-judío podía alejar la tensión anticolonial del Magreb. Aun así, «Afrique du Nord» fue el término hegemónico entre los franceses, como una región diferente respecto a Oriente Medio, e interesaba que fuese así para deslegitimar el proyecto panarabista. Rouighi (2012: 10) también observa que categorías como «Middle East» o «Magreb» homogeneizaban una zona para frenar cualquier proyecto nacionalista de Estado-nación que buscara remontar los orígenes de un país al pasado, diluido en categorías no nacionales. En la práctica, tras las independencias, cada país buscó su genealogía nacional y solo a finales de los ochenta emergieron proyectos unificadores como la Unión del Magreb Árabe (incluyendo a Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Túnez), que tampoco lograron superar las tensiones políticas entre vecinos. El carácter contextual y relativo de estas categorías queda aún más claro si cabe cuando la llegada de «subsaharianos» (otra categoría nueva y reciente) a países como Marruecos, ha generado etiquetas sobre aquellos como «africanos», como si los magrebíes no fuesen africanos. Y, en algunos casos, las identificaciones y fronteras presentes o del pasado aluden a otras complejidades, como las poblaciones descendientes de andalusíes expulsados de la Península, quienes, como los sefardíes, albergan en sus relatos de origen una geografía que atraviesa el Estrecho de Gibraltar, desafiando las llamadas áreas culturales (Calderwood, 2018). Además, los nuevos movimientos políticos identitarios, como las reivindicaciones amazighes, ponen en duda desde los años noventa las categorías hegemónicas que han presentado el Magreb como un área cultural árabe y plantean su propia definición de la región al reivindicar la existencia de un territorio conocido como *tamazgha*, que atraviesa gran parte del Norte de África.

Reflexiones finales: efectos del pensamiento clasificatorio sobre los grupos humanos del Norte de África

Resulta tan complejo e inoportuno no tan solo pensar que unos términos reflejen la existencia de un territorio, sino sobre todo que se refieran claramente a unos grupos humanos discretos e inequívocos. En este capítulo he señalado la tensión entre los ejercicios de homogeneización de la zona MENA como un área cultural y la constatación de una realidad sociohistórica plural y diversa.

La homogeneidad lingüística y étnica viene discutida en el Norte de África por la coexistencia de árabes y amazighes, conceptualizados estos últimos como bereberes por la literatura euro-americana y árabe. Las clasificaciones modernas de viajeros y geógrafos ya distinguían una pluralidad de poblaciones, presentando una serie de grupos más o menos estables: moros, andalusíes expulsados, árabes, bereberes, judíos y poblaciones negras. Con el colonialismo, la distinción entre árabes y bereberes devino central y la etnografía colonial francesa construyó una serie de dicotomías «culturales» y «raciales», manipuladas por objetivos políticos de control del territorio, que generaron resistencias locales y el auge del nacionalismo árabe marroquí (Gellner, Micaud, 1972; Rachik, Tozy, 2006).

En el siglo XIX y hasta bien entrado el XX las categorías racialistas predominaron por encima de las culturalistas a la hora de clasificar a las poblaciones y establecer fronteras. Pero estas teorías no fueron homogéneas y de hecho nos permiten pensar que las hipótesis raciales también conformaron la confección de las ideas sobre las áreas culturales. Existían teorías racialistas sobre el pueblo bereber que lo definían como un pueblo caucásico, con migraciones del norte hacia el sur. Otras teorías como las de Giuseppe Sergi, defendían la existencia de una raza mediterránea e invertían el sentido de las migraciones, manteniendo que los pueblos del norte de Europa procedían del norte de África (Boëtsch, Ferrié, 1992). En general, estas teorías remarcaban la antigua vinculación del norte de África con el Imperio romano o el mundo cristiano, para legitimar que la región «pertenece» a Europa, como explicita el trabajo de E. Brémond en 1942, *Berbères et Arabes: la Berbérie est un pays européen*. La justificación era que los bereberes no habían sido arabizados o que habían sido islamizados de manera imperfecta, contenían tipos rubios y eran más democráticos que los árabes (Silverstein, 2002). Desde finales del siglo XIX, el colonialismo español

construyó una retórica parecida, según la cual españoles y norteafricanos compartían una proximidad y una «hermandad» (Mateo Dieste, 2012), en un claro ejercicio de construcción del pasado desde intereses del presente. En Argelia, esta postura condujo incluso a proyectos de (re) cristianización de la Kabília a manos de misioneros (Dirèche-Slimani, 2004), y más tarde a proyectos similares en Marruecos, que fracasaron. Sea como fuere esta búsqueda de áreas culturales bereberes, para diferenciarlas de zonas árabes, generó largos debates en la literatura e introdujo categorías analíticas que dividían a Marruecos en zonas del majzén («Estado») vs. zonas del *siba* (disidencia o anarquía), vinculándolas inadecuadamente con árabes y bereberes (Burke, 1972; Hart, 1999).

Las poblaciones subordinadas descendientes de esclavos en los oasis, conocidas como *harratin* en Marruecos, Sahara y Mauritania, también fueron etiquetadas como poblaciones distintas a árabes y bereberes, aunque muchas de ellas fueran arabizadas y berberizadas en términos lingüísticos, y en general fueron «extranjerizadas» al ser pensadas como «africanos negros» (Camps, 1970). La literatura que ha discutido el origen de los *harratin* es muy extensa y muestra las dificultades para establecer las fronteras de esta área cultural con un desierto permeable⁷.

A este *embroglio* de grupos e identidades se debe añadir el estatus particular de los judíos del Norte de África y Oriente Medio. En términos lingüísticos presentan notables variedades en función de los lugares de residencia, y en términos de estatus, situados durante siglos en una situación de subordinación en tierras de *dar al-islam* como protegidos (*dhimmi*). Esta pluralidad de comunidades se expresaba en términos de clase social y de orígenes diversos, como la dicotomía que distingue a poblaciones judías residentes desde la antigüedad (*toshabim*) y los grupos instalados a consecuencia de las diásporas y las persecuciones (los *meghorashim*, entre los que se hallan los sefardíes) (Zafrani, 2000). La construcción de la idea de un mundo árabe-musulmán homogéneo y el conflicto en Palestina contribuyeron a extranjerizar a estas poblaciones, provocando nuevas diásporas hacia Israel u otros países de Europa y América. Del mismo modo que la imposición de los sectores askenazis en el nuevo Estado de Israel comportó la imposición de una visión de Israel como un «área cultural» europea, que excluía a sefardíes procedentes del mundo árabe, «orientalizados» y etiquetados como *mizrahi*

7 Véase Valensi (1980: 820-828), quien remarca que el estatus viene conformado por la genealogía y el poder y no tanto por el aspecto físico, léase la «raza».

(«orientales») (Cohen, Moreno, 2017: 176-177; y Cohen, *infra*), así como a las poblaciones judías etíopes, como los *falasha*.

A esta compleja trama humana se sumaron nuevas categorías clasificatorias como los Estados-nación surgidos con los procesos de independencia. Estos privilegiaron unas identidades, lenguas y religiones, poniendo en nuevas posiciones de subordinación a grupos amazigos y judíos frente al nuevo modelo de Estado-nación centrado en la identidad árabe y musulmana, que justamente encajó en el modelo de áreas culturales propuesto desde la Segunda Guerra Mundial y que culminaría en la simplificación de Huntington sobre la existencia de un «bloque islámico». Pero esta simplificación no procede solo de actores externos a la zona, como la geoestrategia internacional, sino también de ideologías internas desarrolladas con la expansión islamista o en tiempos coloniales, con el nacionalismo árabe, uno de cuyos primeros hitos fue la protesta de 1930 contra el decreto que pretendía establecer diferentes formas de justicia para tribus árabes y bereberes; esto es, fragmentando Marruecos en dos áreas culturales. O en el pensamiento reformista y salafí de diversos autores que a lo largo del siglo xx también crearon una particular idea de «occidente», *al-gharb*, igualmente distorsionada, un espejo a imagen y semejanza de la idea de «Middle East».

Bibliografía

- Abu-Lughod, L. (1989), «Zones of theory in the Anthropology of the Arab World», *Annual Review of Anthropology*, 18, pp. 267-306.
- Adelson, R. (1995), *London and the Invention of the Middle East: Money, Power, and War, 1902-1922*, Yale University Press, New Heaven.
- (2012), «British and U.S. use and misuse of the term “Middle East”», en M. E. Bonine, A. Amanat, M.E. Gasper (eds.), *Is There a Middle East? The evolution of a geopolitical concept*, Stanford University Press, Stanford, pp. 36-55.
- Asad, T. (1986), «The Idea of an Anthropology of Islam», Georgetown University and Center for Contemporary Arab Studies, Occasional Papers, Center for Contemporary Arab Studies, Washington, D.C.
- Benedict, R. (1946 [1974]), *El crisantemo y la espada. Patrones de la cultura japonesa*, Alianza, Madrid.
- Bill, J. (1996), «The Study of Middle East Politics 1946-1996: A Stocktaking», *Middle East Journal*, 50 (4), pp. 501-512.

- Binder, L. (1976), «Area Studies: A Critical Reassessment», en L. Binder (ed.), *The Study of the Middle East: Research and Scholarship in the Humanities and Social Sciences*, John Wiley and Sons, Nueva York, pp. 1-28.
- Boëtsch, G., Ferrié, J. N. (1992), «Du berbère aux yeux clairs à la race eurafricaine: la Méditerranée des anthropologues physiques», *Annuaire de l'Afrique du Nord*, 29, pp. 191-208.
- Bonine, M. E., Amanat, A., Gasper, M.E. (eds.) (2012), *Is There a Middle East? The evolution of a geopolitical concept*, Stanford University Press, Stanford.
- Brémond, É. (1942), *Berbères et Arabes: la Berbérie est un pays européen*, Payot, París.
- Bunes Ibarra, M. A. de (1989), *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Burke III, E. (1972), «The image of the Moroccan State in French Ethnological Literature», en E. Gellner, C. Micaud (eds.), *Arabs and Berbers From Tribe to Nation in North Africa*, Duckworth, pp. 175-199.
- Calderwood, E. (2018), *Colonial al-Andalus. Spain and the Making of Modern Moroccan Culture*, The Belknap Press of Harvard University, Cambridge, Massachussets, Londres.
- Camps, G. (1970), «Recherches sur les origines des cultivateurs noirs du Sahara», *Revue de l'Occident musulman et de la méditerranée*, 7, pp. 35-45.
- Cohen, A., Moreno, A. (2017), «Revisiting Morocco from Israel and Argentina: Contrasting Narratives About the 'Trip Back' Among Jewish Immigrants from Northern Morocco», *Journal of Jewish Identities*, 10 (2), pp. 173-197.
- Copans, J. (1975), *Anthropologie et Impérialisme*, François Maspero, París.
- Coon, C. S. (1931), *Tribes of the Rif*, Peabody Museum of Harvard University, Cambridge.
- (1966 [1951]), *Caravan. A Story of the Middle East*, Holt, Rinehard and Winston, Nueva York.
- (1980), *A North Africa story: The anthropologist as OSS agent, 1941-1943*, Gambit, Ipswich.
- Cressey, G. B. (1944), *Asia's Lands and Peoples: A Geography of One-Third the Earth and Two-Thirds Its People*, Whittlesey House, McGraw-Hill, Nueva York.

- Direche-Slimani, K. (2004), *Chrétiens de Kabylie, 1873-1954: Une action missionnaire dans l'Algérie coloniale*, Editions Bouchène, Paris.
- Djalili, M. R. y Kellner, T. (2000), «Moyen-Orient, Caucase et Asie centrale: des concepts géopolitiques à construire et à reconstruire?», *Central Asian Survey*, 19 (1), pp. 117-140.
- Dumont, L. (1987), *Ensayos sobre el individualismo. Una perspectiva antropológica sobre la ideología moderna*, Alianza Editorial, Madrid.
- Eickelman, D. F. (1981), *The Middle East: an anthropological approach*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey.
- (1998), *The Middle East and Central Asia: an anthropological approach*, Prentice-Hall, Upper Saddle River, Nueva Jersey.
- (2003), *Antropología del mundo islámico*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- Farish, M. (2005), «Archiving Areas: The Ethnogeographic Board and the Second World War», *Annals of the Association of American Geographers*, 95 (3), pp. 663-679.
- Geertz, C. (1994 [1968]), *Observando el Islam*, Paidós, Barcelona.
- Gellner, E. y Micaud, Ch. (eds.) (1972), *Arabs and Berbers From Tribe to Nation in North Africa*, Duckworth.
- Gibb, H. y Bowen, H. (1950-1957), *Islamic Society and the West: A Study of the Impact of Western Civilization on Moslem Culture in the Near East*, Royal Institute of International Affairs, vol. 1, part 1-2, Oxford University Press, Londres.
- González, R. I. (2007), «Patai and Abu Ghraib», *Anthropology Today*, 23 (5), p. 23.
- Goody, J. (2011) [2006]. *El robo de la historia*, Akal, Madrid.
- Granqvist, H. (1931), *Marriage conditions in a Palestinian village*, vol. I, Societas Scientiarum Fennica, Helsingfors.
- (1935), *Marriage conditions in a Palestinian village*, vol. II, Societas Scientiarum Fennica, Helsingfors.
- Hale, S., Hafez, S. y Slyomovics, S. (2013), *Anthropology of the Middle East and North Africa: Into the New Millennium*, Indiana University Press, Bloomington, Indianapolis.
- Handler, R. (1991), «An Interview with Clifford Geertz», *Current Anthropology*, 32 (5), pp. 603-613.
- Hart, D. M. (1999), «Tribalism: The Backbone of the Moroccan Nation», *The Journal of North African Studies*, 4 (2), pp. 7-22.
- Hogarth, D. G. (1902), *The Nearer East*, William Heinemann, Londres.

- Huntington, S. (1996), *The Clash of Civilizations and Remaking of World Order*, Simon & Schuster, Nueva York.
- Keddie, N. R. (1973), «Is there a Middle East?», *International Journal of Middle East Studies*, 4 (3), pp. 255-271.
- Lindholm, Ch. (1995), «The New Middle Eastern Ethnography», *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 1 (4), pp. 805-820.
- Mahan, A. T. (1902), «The Persian Gulf and International Relations», *National Review* (1903). *Retrospect and Prospect: Studies in International Relations, Naval and Political*, Little, Brown and Co., Boston, pp. 209-251.
- Mateo Dieste, J. L. (2012), «Una hermandad en tensión. Ideología colonial, barreras, e intersecciones hispano-marroquíes en el Protectorado», *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, 5-6, pp. 79-96.
- Mitchell, T. (2002), «The Middle East in the Past in Future of Social Science», en D. L. Szanton (ed.), *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines*, University of California Press, Berkeley, pp. 74-118.
- Patai, R. (1952a), «The Middle East as a culture area», *Middle East Journal*, 6 (1), pp. 1-21.
- (1952b), «The Story of the Middle East (Review)», *American Anthropologist*, 54, pp. 396-397.
- (1973), *The Arab Mind*, Scribner, Nueva York.
- Rachik, H., Tozy, M. (ed.) (2006), *Usages de l'identité Amazighe au Maroc*, Impr. Najah el Jadida, Casablanca.
- Rouighi, R. (2012), «Why are there no Middle Easterners in the Magrib?», en M. E. Bonine, A. Amanat, M.E. Gasper (eds.), *Is There a Middle East? The evolution of a geopolitical concept*, Stanford University Press, Stanford, pp. 100-116.
- Schneider, J. P., Patai, D. (2004), «Misreading *The Arab mind*», <<http://mailman.lbo-talk.org/2004/2004-June/011964.html>>.
- Silverstein, P. (2002), «The Kabyle myth: Colonization and the production of ethnicity», en B.K. Axel (ed.), *From the margins: Historical anthropology and its futures*, Duke University Press, Durham, Londres, pp. 122-155.
- Stolcke, V. (1995), «Talking culture: new boundaries, new rhetorics of exclusion in Europe», *Current anthropology*, 36 (1), pp. 1-24.
- Tillion, G. (2000), *Il était une fois l'ethnographie*, Éditions du Seuil, París.

- Valensi, L. (1986), «La tour de Babel: groupes et relations ethniques au Moyen-Orient et en Afrique du Nord», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 41 (4), pp. 817-838.
- Westermarck, E. (1968 [1926]), *Ritual and Belief in Morocco*, vol. 2, New Hyde Park, Nueva York.
- Zafrani, H. (2000), *Deux mille ans de vie juive au Maroc*, Eddif, Casablanca.